
LA LLEGADA.

La emoción que experimenté al entrar en Constantinopla, me hizo casi olvidar todo cuanto había visto durante diez días de navegación, desde el Estrecho de Mesina hasta la embocadura del Bósforo.

El mar Jonio, azul é inmóvil como un lago; los lejanos montes de la Morea, bañados en luz rosácea por los primeros rayos del astro rey; el archipiélago, dorado por el sol póniente; las ruinas de Atenas, el golfo de Salónica, Lemnos, Tenedo, los Dardanelos, y á más, varios personajes que me divertieron hasta cierto punto en la expedición, todo ello se disipó de tal manera en mi mente al punto que ví el Cuerno de Oro, que si quisiera en este instante describir aquel conjunto de cosas y personas, necesitaría la imaginación trabajar mucho más que la memoria.

Con objeto de que la primera página de mi libro me salga del alma, viva y animada, empie-

zo por la última noche de viaje, en medio del mar de Mármara, y en el momento en el cual el capitán del barco, aproximándose á mí y á mi amigo Yunk, y colocando entrambas manos sobre nuestros hombros, exclamó con su bien definido acento palermitano:

—Señores, mañana al amanecer veremos los primeros alminares de Stambul.

¡Ah, y cómo sonreía, caro lector! Sonreía, lleno de dinero y de aburrimiento: él, que hace pocos años, cuando le asaltó la idea de ir á Constantinopla, en veinticuatro horas llenó la bolsa, hizo la maleta, y partió como quien vá un día de campo, hasta con la incertidumbre de qué sería mejor, si dirigirse á Baden-Baden ó tomar rumbo hácia la ciudad de Constantino! Y bien, lector amigo; si este capitán te hubiese dicho:—Mañana al amanecer veremos los primeros alminares de Stambul,—es probable que tú le hubieras contestado flemáticamente:—Que me place.

¡A tal capitán, tal respuesta!

Porque, convéncete, se necesita haber acariaciado aquel deseo por espacio de diez años consecutivos; haber pasado muchas noches de invierno mirando melancólicamente el mapa de Oriente; haberse caldeado la imaginación con la lectura de cien volúmenes; haber recorrido media Europa tan solo por consolarse de no haber visto la otra media; haber permanecido un año con los codos

clavados sobre la mesa de trabajo con aquel único objetivo; haber llevado á cabo mil pequeños sacrificios, y cuentas tras cuentas, y castillos en el aire sobre otros castillos de naipes, y batallas tras batallas en el seno del hogar doméstico; se necesita, en fin, haber pasado nueve noches de insomnio navegando ante aquella imagen inmensa y luminosa, sintiéndose tan feliz que casi el remordimiento surgía en el ánimo, al pensar en las personas queridas que quedaron en casa; se necesita, repito, todo esto, para comprender todo el alcance y todo el valor de aquellas palabras:—*«Mañana al amanecer veremos los primeros minaretes de Stambul.»*—Entonces, y solo entonces, en vez de responder, lector querido, flemáticamente:—*«Que me place,»*—se contesta pegando un puñetazo formidable sobre el parapeto del barco!

Uno de los grandes placeres que experimentábamos tanto mi amigo como yo, era la certidumbre de que nuestra ilusión no se vería defraudada.

Sobre Constantinopla, con efecto, no hay ni dudas ni divergencias de pareceres. Hasta el más desconfiado viajero vá seguro de no hallar una desilusión: nadie ha sufrido todavía un desengaño. Para nada entra en la fascinación y encanto que produce, la consideración de los recuerdos de la admiración que en otros causó su vista. Es una belleza universal, ante la cual se extasían el poeta

y el arqueólogo, el diplomático y el comerciante, la princesa y el marinero, el hijo del Setentrion como el del Mediodía: á todos, unánimemente, ha arrancado el espectáculo de Constantinopla un grito de asombro y maravilla. Se trata del más hermoso lugar del mundo, á juicio de todo el mundo.

Los escritores de viajes, al llegar allí, pierden la cabeza. Perthusier balbucea; Tournefort dice que la lengua humana es impotente para describirlo; Pouqueville cree ser arrebatado á otra tierra; La Croix permanece ébrio; el vizconde de Marcellus, se queda estático; Lamartine dá gracias á Dios; Gauthier duda de la realidad de lo que ve y todos acumulan imágenes sobre imágenes, haciendo brillar el estilo, aunque se atormentan en vano por encontrar una expresion que no resulte miserable, comparada hasta con la propia impresion y el pensamiento propio.

Solo Chateaubriand describe su entrada en Constantinopla con una apariencia de tranquilidad de ánimo que lleva el estupor al del que lo lee; pero no olvida añadir que es el más bello espectáculo del Universo. Y si la célebre Lady Montague, pronunciando el mismo juicio, agrega un *quizá*, debe pensarse que lo ha hecho para dejar tácitamente el primer puesto á la propia belleza de su persona, de la cual se preocupaba mucho.

Hay hasta un frio aleman que asegura que las más encantadoras ilusiones de la juventud, los sueños mismos del primer amor, son pálidas evocaciones comparadas al sentimiento de dulzura que invade el alma á la vista de aquellos parajes de hadas. Un docto francés afirma que la primera impresion de Constantinopla es el asombro. ¡Imagine, pues, el lector, la ebullicion que debian producir todas estas palabras de fuego, cien veces repetidas, en el cerebro de un atrevido pintor de veinticuatro años, y de un mal poeta de veintiocho!

Mas ni aun estas alabanzas ilustres nos satisfacian, y buscábamos el testimonio de los marineros.

Y áun ellos, pobre gente ruda, para dar una idea aproximada de aquella belleza, sentian la necesidad de expresarse por medio de símiles, y usando de palabras extraordinarias y no vulgares, las cuales querian encontrar volviendo los ojos de aquí para allá y á fuerza de estrujarse los dedos, y por tentativas continuadas de descripciones, resonando su voz como notas que vienen de lejos y gesticulando lenta y variadamente: signos exteriores y comunes, usados por todas aquellas pobres gentes del pueblo, para manifestar en todos los países la admiracion cuando no basta la palabra.

—Entrar una bella mañana en Constantino-

pla—nos dijo el jefe de timoneros—creedme á mí, señores *es un magnífico momento en la vida de un hombre!*

Hasta el tiempo nos sonreía.

Era una noche serena y plácida. El mar acariciaba con ligerísimo murmullo los costados del barco; la arboladura y el cordámen, hasta en lo más diminuto, se destacaban inmóviles y con entera claridad sobre el azul del cielo, tachonado de algunas brillantes estrellas: no parecía que navegásemos.

A proa, un monton de turcos recostados fumaban el narguilé con el rostro vuelto hácia la luna, la cual pintaba con contornos de plata los blancos turbantes; á popa, un grupo de gentes de todos los países, entre las cuales se contaba una comparsa de comediantes griegos que se habian embarcado en el Pireo.

Todavía veo en medio de una pila de chiquillas rusas que van á Odesa con su madre, el semblante de la pequeña Olga, maravillada de que yo no comprenda su lengua y desesperada por haberme hecho tres veces la misma pregunta sin obtener una respuesta inteligible. Tengo á este lado á un súcio y bien cebado cura griego, con su sombrero echado atrás, buscando á favor de

su anteojo el archipiélago de Mármara; á aquella otra parte, un ministro evangélico inglés, rígido y frio como estatua, que en tres dias no ha dicho aún esta boca es mia, ni mirado á la cara de ánima viviente; delante de mí, dos lindas señoritas atenienses, con birretina encarnada y las trenzas cayendo por la espalda, las cuales, apenas las mira uno, cuando se vuelven ambas á la vez hácia el mar, presentando el correcto perfil para que se las vea en la esplendidez de su belleza; más allá, un negociante armenio repasa las cuentas del rosario oriental; un grupo de hebreos vestidos á la antigua; otro de albaneses, con sotanas blancas; una institutriz francesa, que se hace la interesante; algun que otro viajero, de esos cuyo país no se adivina ni se puede nadie aventurar á colegir por su aspecto, edad, ni condicion, ni oficio; y en medio de toda esta gente, una familia turca, compuesta del padre, que viste de jáique, la madre, velada en su traje, y dos niños, con sus calzones rojos, acurrucados los cuatro bajo una tienda, y rodeados de una piña de colchones, cogines y almohadas de todos colores y tamaños.

¡Cómo se advertia la vecindad de Constantinopla! Habia una animacion no acostumbrada en el buque. Casi todos los semblantes que se veian á la luz de las linternas, estaban alegres. Las chiquillas rusas saltaban alrededor de su madre, gritando el antiguo nombre de Stambul:—«Za-

vegorod, Zavegorod.»—Al pasar cerca de los grupos, se escuchaban los nombres de Galata, Pera, Scutari, Bujukderé, Terapia, que brillaban en mi fantasía como chispas de fuegos artificiales en el momento de encenderse.

Los marineros mismos estaban contentos al aproximarse á aquel lugar donde, como ellos decían, se olvidan las tristezas de la vida, á lo ménos por una hora.

Aun á proa, en medio de aquel monton de blancos turbantes, se notaba un movimiento extraordinario; hasta aquellos musulmanes indolentes é impasibles, veían ya con los ojos de la fantasía ondular en el horizonte los caprichosos contornos de *Ummeluniá*, la madre del mundo, «la ciudad,» como dice el Korán, «que mira por un lado á la tierra y por dos el mar.»

Parecía que el barco, aun sin la fuerza motriz del vapor, habria andado por sí mismo, empujado por el ímpetu de los deseos é impaciencia que trepidaban dentro de su casco. De trecho en trecho, me apoyaba en el parapeto para mirar al mar, y creía oír cien confusas voces que me hablaban entre el murmullo de las aguas. Eran las voces de todas las personas queridas, que exclamaban: —¡Vé, vé, hijo, hermano, amigo; anda, goza de tu Constantinopla, que bien te la has merecido y ganado; sé feliz y que Dios no te abandone!

Únicamente, hácia media noche, los viajeros

empezaron á descender bajo cubierta. Mi amigo y yo bajamos los últimos y á paso de tortuga, porque nos costaba trabajo ir á encerrar entre cuatro paredes la alegría, á la cual parecía cuadrar perfectamente el augusto marco del circuito de la Propóntide.

Cuando llegábamos á la mitad de la escalerilla, percibimos la voz del capitán que nos invitaba á subir por la mañana muy temprano al puente reservado para el mando de las maniobras.

—Que estén allí antes de la salida del sol, exclamó asomándose á la barandilla; ¡que echo al agua al que se retarde!

¡Jamás, desde que el mundo es mundo, se ha hecho una amenaza más supérflua! Yo no pegué los ojos en toda la noche. Creo que el jóven Mahomet II, en aquella famosa noche de Adrianópolis, en la cual deshizo la cama á fuerza de dar vueltas y más vueltas, agitado por la vision de la ciudad de Constantino, no se revolcaría tanto como yo en mi litera, durante cuatro larguísimas horas de esperar.

Para calmar mis nervios, intenté contar hasta mil; mirar á la franja blanca que las aguas, hendidas por la quilla del barco, venían á dibujar en el ojo de buey de mi camarote; intenté tararear un aire igual y monótono, con la acompasada cadencia del ruido de los golpes del émbolo, producido por la máquina de vapor... ¡todo inútil! Ex-

perimentaba la fiebre, sentía que la respiración me faltaba y la noche me parecía eterna.

En cuanto se me figuró vislumbrar un rayo de luz, salté del lecho; Yunk ya se había levantado; nos vestimos á escape y subimos de tres en tres los escalones, para llegar sobre cubierta.

¡Maldición!

Había niebla.

Una niebla cerrada, espesa, compacta, cubría el horizonte por todas partes; la lluvia parecía inminente; el grande espectáculo de la entrada en Constantinopla estaba perdido; nuestro más ardiente deseo borrado; el viaje, en suma, echado por tierra.

Permanecí como aniquilado.

En aquel momento apareció el capitán con su habitual sonrisa.

No tuvo necesidad de hablar. En cuanto lo ví, comprendí todo; dándome un golpecito en el hombro, no obstante, me dijo:

—Nada, nada, no se apuren, y bendigamos la niebla que vá á proporcionarles la más bella entrada en Constantinopla que se haya podido imaginar. Dentro de dos horas tendremos un cielo espléndido y transparente: ¡palabra de honor!

Sentí que volvía á la vida.

Subimos al puente desde donde se manda la nave.

En la proa ya estaban sentados sobre sus ta-

pices los turcos con las piernas cruzadas y el rostro vuelto hácia Constantinopla. A los pocos minutos, todos los pasajeros se hallaban sobre cubierta, armados de anteojos, gemelos de marina de todas formas y especies, apoyándose uno tras otro en larga fila en el parapeto izquierdo, como si fuera en la balaustrada de la galería de un teatro. Corría un airecillo fresco: todos callaban. Todos los ojos y todos los anteojos fueron volviéndose hácia la orilla setentrional del mar de Mármara. Pero todavía no se veía nada.

La niebla no formaba sino una cinta blanquecina en el horizonte, sobre el cual resplandecía un cielo sereno y dorado.

En línea recta, delante de nosotros, y en la dirección de la proa, surgía confusamente el pequeño archipiélago de las nueve Islas de los Príncipes, las *Demonesas* de los antiguos, lugar de los placeres en la corte del Bajo Imperio, y ahora punto de citas y de fiestas de los habitantes de Constantinopla.

Las dos orillas del mar de Mármara permanecían aún completamente ocultas.

Solo al cabo de una hora que llevábamos sobre el puente, se comenzó á ver...

Pero es imposible comprender bien la descripción de la entrada en Constantinopla si el lector no tiene idea clara de la configuración de la ciudad.

Suponed, pues, que teneis delante la embocadura del Bósforo, brazo de mar que separa Asia de Europa, y une el mar de Mármara con el mar Negro. Así colocados, cae á la derecha la orilla asiática y á la izquierda la europea: aquí, la antigua Tracia; allí, la antigua Anatolia. Avanzando, esto es, enfilando el brazo de mar, se encuentra á la izquierda, apenas salvada la embocadura, un golfo, una rada angostísima, la cual forma con el Bósforo ángulo casi recto, penetrando algunas millas en suelo europeo, y constituyendo una curva, á la manera de cuerno de toro, de donde toma el nombre de Cuerno de Oro, ó sea de la abundancia, por afluir aquí en otro tiempo, cuando era puerto de Bizancio, las riquezas de los tres continentes.

En el ángulo de tierra europea, que de una parte está bañado por el mar de Mármara y de otra por el Cuerno de Oro, donde se asentaba la antigua Bizancio, se levanta sobre siete colinas Stambul, la ciudad turca. En el otro ángulo, bañado por el Cuerno de Oro y por el Bósforo, se elevan Galata y Pera, las ciudades francas (1). Frente á la aber-

(1) Se llama *franco* todo lo que pertenece á los europeos en Oriente.

tura del Cuerno de Oro, sobre las colinas de la orilla asiática, surge la ciudad de Scutari. Aquella, pues, que se denomina Constantinopla, está formada de tres grandes ciudades, divididas por el mar, pero colocadas una enfrente de otra, y la tercera frente á las otras dos primeras y tan cercanas entre sí, que de cualquiera de ella se divisan distintamente los edificios de las restantes, sobre poco más ó menos con igual claridad que de una á la otra ribera del Sena ó del Támesis en los puntos donde son más anchos estos rios en París y Lóndres. El vértice del triángulo sobre el cual Stambul hiergue su frente, vuelto hácia el Cuerno de Oro, es aquel famoso Cabo del Serrallo, el cual oculta al que viene desde el mar de Mármara hasta el último instante, la vista de entrambas orillas del Cuerno, ó sea la parte más grande y más bella de Constantinopla.

El capitán, con su certero ojo de marino, fué el primero que descubrió el primer vislumbre de Stambul.

Las dos señoras atenienses, la familia rusa, Yunk, otros y yo, que íbamos á Constantinopla por vez primera, estábamos alrededor del capitán, formando estrechísimo grupo, silenciosos y procurando inútilmente que penetrase á través de la niebla nuestra vista, cuando extendiendo aquel el brazo en dirección de la izquierda, exclamó:

—Señores: hé allí el primer asomo.